

# Dedicatoria

*Desde Vecinos y distantes  
hasta El dueño de la bandera*

Hay un tiempo para la mirada global sin el que nada quedaría completo. Éste es ese tiempo. Porque hay una flexión, un ángulo personal que aprovecha el sol, la iridiscencia del aire, los brillos en el agua. También sobre las personas, la mirada de quien adoptó el oficio de la escritura puede penetrar en lo individual, y después redondear su trayectoria apreciando generalidades, pertenencias, destino común. Este libro es un intento por completar la mirada a despecho de tiempos agotados y cambiantes. Comenzando por el lugar en el que nací, detenido en debates históricos que aún no están resueltos, estirada la vista hasta causas finales que quizás existan sólo en el imaginario americano.

Desde hace tiempo ya, supuse que mis cuentos debían comenzar y terminar con un personaje de la infancia que llevo incorporado: don Antonio, mi abuelo. Algunos vieron que yo lo repetía en mi tiempo –y ¡para mal! dijeron-. Otros, que en lo mejor de su paso por el mundo jamás me parecí a él. Como sucede siempre, seguramente estaré a mitad de camino. La memoria de Don Antonio, como esta mirada global que intento ahora, también resultó incómoda para muchos.

Mi lugar fue el vientre del saurio; vengo de la carnicería, ese sitio donde todavía se afilan las cuchillas. Una escuela de discriminadores, de reacción social, de oprobio para los más débiles. En ella me eduqué distinguiéndome de la negritud, de los asaltantes del poder (aquel aluvión zoológico), de las jinetas a mitad del brazo, de desaprovechar oportunidades para el latrocinio. Mi memoria navegó en conflicto permanente con las fronteras morales; en estas involuciones, un personaje del pasado quedó a salvo: don Antonio.

No en vano –por conveniencia o no- fue el único peronista de los cincuenta en mi familia, y por eso execrado, largamente resistido. El único nacionalista de verdad, preocupado por el paso de San Martín, que continuó resultando fugaz. Enamorado de Roque Sáenz Peña. Cultor de rebeldías, a mano los poemas de Vargas Vila. Nunca distinguí según colores de piel o billeteras y trabajó por dar vivienda propia a todos, fueran o no sanos a los ojos de los inquisidores. En lo que podía dividir fue humilde. En lo que convenía como modelo fue extrovertido. La memoria de mi abuelo, así como una mirada global, molestan todavía en ese lugar y quizás en todas partes.

Será porque su nacimiento dividió en dos la historia. Porque antes de 1881 el país se debatía entre varios patrones coloniales y después del primer genocidio programado por argentinos, los repartos parecieron devenir de propósitos obvios aunque nunca favorables. Cuando pienso la historia desde mi abuelo, se disipan las confusiones. Y no hay nada que incomode más a los espurios que la claridad. Don Antonio fue una luminaria, testimonio para los que quedamos. No en vano nació el mismo año en que se plantó el primer faro de nuestro litoral atlántico (Farola Montermoso) y murió pocas

semanas después de que ésta se precipitara a tierra bajo la suma de tormentos (1969).

Cuando abandoné mi pueblo natal privilegié esta misma mirada que ahora esgrimo y trato de enfocar por más y más claridad. Volví cuando murió mi abuelo y noté que yo crecía en una dirección que contradecía las fuentes; eso me resultó reconfortante. Década del setenta: en ese infierno medieval, donde los pobres no tendrían más cabida, los marinos montaron dos centros clandestinos de detención, tortura y exterminio de personas. Me ocupé de estudiarlos y dar testimonio de ellos a través de la escritura; volví entonces por segunda vez. Gané enemigos: quienes alguna vez eran distantes, ahora atacaban. Sin embargo, publiqué mis trabajos en 2011.

Tienen que ver también con mis deseos de contar, dos narradoras orales de mi infancia: mi abuela Antonia y mi tía Luisa –la última italiana de la familia-. Ambas me forjaron con sus relatos de los orígenes europeos y de primeros pasos en la tierra de inmigrantes.

Además, a comienzos de este mismo año murió Adrián, mi mejor amigo en tiempos de floración. Con su herencia gané profundidad en la visión. Finalmente: todavía le faltaba a mi familia el aporte de sangre americana. Cuando escribo esta dedicatoria mi hijo Marco me llena de orgullo. Su novia colombiana y él acaban de quedarse con el premio mayor en una competencia internacional de cortometrajistas: ahora sí he alcanzado un deseable ancho de banda en la mirada.

Entonces, me sea dado contemplar la escena cuando concluyan las memorias, se agoten los documentos, deban llenarse claros y la ficción se desate.

Dedico COMPLETAR LA MIRADA –Cuentos incómodos-  
A don Antonio Salvador Cartolano  
A Adrián Tucci  
Al presente y futuro artísticos de Marco Cartolano

© Carlos Enrique Cartolano y Lágrimas de Circe, 2014-2015